

gítimo monarca contra un inicuo usurpador. Es de creer que la crueldad y la insolencia del tirano obligaron á muchos pueblos á dejar su causa; ademas de que los Chalqueses eran demasiado inconstantes, y fáciles á seguir uno ú otro partido, como haré ver en la serie de esta Historia.

ITZCOATL, CUARTO REY DE MEXICO.

En tanto que el príncipe Nezahualcoyotl escitaba los pueblos á la guerra, los Mexicanos, viéndose sin rey, y afligidos por los Tepanecas, resolvieron poner á la cabeza de la nacion un hombre capaz de reprimir la insolencia del tirano, y de vengar las gravísimas injurias que de él habian recibido. Congregados, pues, para la eleccion del nuevo rey, un anciano que gozaba entre ellos de mucha autoridad, dirigió estas palabras á los electores: „Os ha faltado, nobles Mexicanos, con la muerte de vuestro rey, la lumbré de vuestros ojos; pero conservais los del entendimiento para elegirle un nuevo sucesor. No se acabó en Quimalpopoca la nobleza mexicana: quedan aun algunos príncipes excelentes, sus hermanos, entre los cuales podeis escoger un señor que os rijá, y un padre que os favorezca. Figuraos que se ha eclipsado el sol y se ha oscurecido la tierra por algunos dias, y que ahora renace la luz con un nuevo rey. Lo que importa es, que sin detenernos en largas conferencias, elijamos un monarca que restablezca el honor de nuestra nacion, que vengue las afrentas que ha recibido, y la restituya á su primitiva libertad.” Inmediatamente se procedió á la eleccion, y recayó esta, de comun acuerdo, en el príncipe Itzcoatl, hermano carnal de los dos reyes precedentes, é hijo natural de Acamapitzin y de una esclava. Cuanto podia desmerecer por la desgraciada condicion de la madre, otro tanto merecia por la nobleza y celebridad de su padre; y mucho mas por sus propias virtudes, de que dió notables ejemplos en el cargo de general de los ejércitos mexicanos, que por espacio de mas de treinta años habia desempeñado. Gozaba la reputacion de ser el hombre mas pru-

dente, mas recto y mas honrado de todo su pueblo. Ocupó en seguida el *tlatocapalli*, ó sillón real, y fué saludado como rey por toda la nobleza, con extraordinarias aclamaciones. Entónces uno de los oradores le dirigió el siguiente discurso sobre las obligaciones de un soberano: „Todos, gran rey, dependemos de vos de ahora en adelante. En vuestros hombros se apoyan los viejos, los huérfanos y las viudas: ¿tendreis ánimo para sostener esta carga? Permitireis que perezcan á manos de nuestros enemigos los niños que se rastrean por la tierra? Vamos, señor, empezad á estender vuestro manto para llevar en hombros á los pobres Mexicanos, que se lisonjean con la esperanza de vivir seguros bajo la fresca sombra de vuestra benignidad.” Terminada la ceremonia, se celebró la exaltacion del nuevo monarca con bailes y juegos públicos. No fué ménos aplaudido aquel suceso por Nezahualcoyotl y todo su partido, porque todos creian que el nuevo rey seria aliado constante del príncipe su cuñado, y esperaban grandes ventajas de sus excelentes prendas, y de su pericia militar; pero á los Tepanecas, á sus aliados, y al tirano especialmente, fué muy desagradable aquella eleccion.

Itzcoatl, que pensaba seriamente en remediar los males que padecia su nacion bajo el duro dominio de los Tepanecas, envió una embajada al príncipe Nezahualcoyotl, para darle parte de su exaltacion, y para asegurarle su determinacion de unirse á él con todas sus fuerzas contra el tirano Maxtlaton. Esta embajada, que confió el rey á un sobrino suyo, fué recibida por Nezahualcoyotl poco despues de su salida de Capollalpan, y á ella respondió, dando la enhorabuena á su cuñado, aceptando y agradeciendo el socorro prometido.

El príncipe habia empleado todo el tiempo de su mansion en Capollalpan, en hacer los preparativos de la guerra. Cuando le pareció que era llegado el tiempo de poner en ejecucion sus grandes designios, salió con su gente, con las tropas auxiliares de Tlaxcala y de Huexotzinco, con el proyecto de tomar

AVENTURAS DE MOTEUCZOMA ILLUICAMINA.

por asalto la ciudad de Tezcoco, y de castigar á sus habitantes, por haberle sido infieles en su adversa fortuna. Hizo alto con todo su ejército á vista de la ciudad, en un sitio llamado *Oztopolco*. Allí pasó la noche, disponiendo su tropa, dando las órdenes necesarias para el asalto, y al rayar el dia se puso en marcha; pero ántes de llegar á la ciudad, temerosos los Tezcocanos del rigoroso castigo que los aguardaba, salieron humillados á su encuentro, pidiendo perdon, y presentándole los ancianos enfermos, las mugeres embarazadas, y las madres con sus tiernos hijos en los brazos, las cuales, con amargo llanto y otras demostraciones de dolor, le decian: „Tened piedad, clementísimo señor, de estos vuestros siervos atribulados. ¿En qué os han ofendido estos miserables viejos, estas pobres mugeres y estas inocentes criaturas? No confundais con los culpados los que no tienen la menor parte en las ofensas que quereis vengar.” Enternecido el príncipe á vista de tantos desgraciados, concedió el perdon á toda la poblacion; pero al mismo tiempo envió á ella algunas tropas, y mandó á sus gefes que matasen á los gobernadores y demas representantes de la autoridad del tirano, y todos cuantos Tepanecas hubiese en aquellos muros. Mientras se ejecutaba este terrible castigo en Tezcoco, las tropas tlaxcaltecas y huexotzingas, destacadas del ejército, atacaron con indecible furor la ciudad de Acolman, matando á cuantos encontraron desde las puertas hasta la casa del caudillo, que era hermano del tirano; el cual, no teniendo bastantes fuerzas para defenderse, murió á manos de sus enemigos. El mismo dia, los Chalqueses, auxiliares del príncipe, se apoderaron sin mucha resistencia de la ciudad de Coaltichan, dando muerte al gobernador, que se habia refugiado en el templo principal: así que, en un solo dia redujo el príncipe á su obediencia, la capital y dos ciudades principales del reino de Acolhuacan.

El rey de México, noticioso de los progresos de su cuñado, le envió otra embajada, para darle la enhorabuena y ratificar su alianza. Dió este encargo á un sobrino suyo, hijo de Huitzilhuítl, llamado Moteuczoma, hombre de gran fuerza y de invencible valor, al que, por sus inmortales acciones, dieron ademas el nombre de *Tlacaete*, ó sea hombre de gran corazón, y el de *Iluicamina*, es decir, flechador del cielo; y para indicarlo en las antiguas pinturas representan sobre su cabeza el cielo herido por una flecha, como se ve en las pinturas sétima y octava de la *Coleccion* de Mendoza, y como nosotros manifestamos en los retratos de los reyes de México. Este es aquel héroe mexicano, que bajo el nombre de *Tlacaellé*, ha sido tan celebrado por el P. Acosta, ó mas bien, por el P. Tobar, de quien aquel autor copió el elogio, aunque se haya equivocado en algunas acciones que le atribuye (1). Bien veian el rey y su sobrino cuan peligrosa era la empresa; pues el tirano, para impedir los progresos de su rival, y su comunicacion con los Mexicanos, ocupaba con sus tropas todos los caminos. Pero ni esta consideracion estorbó que el rey enviase la embajada, ni Moteuczoma dió la menor señal de cobardía; ántes bien, deseoso de ejecutar con prontitud la orden de su soberano, ni aun quiso detenerse en ir á su casa, y proveerse de lo que necesitaba para el viaje, contentándose con mandar á uno de los nobles de su comitiva que le llevase la ropa con que debia presentarse al príncipe.

Desempeñada felizmente su comision, pi-

(1) No solo se engañó el P. Acosta, ó sea el P. Tobar, en la historia de algunas acciones de nuestro héroe, sino tambien en la indicacion de su persona; pues creyó que Tlacaellé y Moteuczoma eran dos personas diversas, no siendo sino una sola con distintos nombres. Créese tambien que Tlacaellé era hijo de Itzcoatl, y tío de Moteuczoma: lo cual es evidentemente falso, pues se sabe que Moteuczoma era hijo de Huitzilhuítl, hermano de Itzcoatl; conque no podia ser sobrino del sobrino de Itzcoatl.

dió licencia á este para regresar á México; pero en el camino dió en una emboscada que le habian dispuesto sus enemigos: fué hecho prisionero con toda su comitiva, conducido á Chalco, y presentado á Toteotzin, señor de aquella ciudad, y enemigo capital de los Mexicanos. Este los hizo encerrar en una estrecha prision, y los confió á Cuateotzin, persona de alto carácter, mandándole que no suministrase á los prisioneros otro alimento que el prescrito por él mismo, hasta que se determinase el género de muerte con que debian terminar sus dias. Cuateotzin, no queriendo ejecutar tan cruel mandato, los proveia abundantemente á su costa. Pero el bárbaro Toteotzin, creyendo hacer un gran obsequio á los Huexotzingos, les envió los prisioneros, para que, si lo tenían á bien, los sacrificasen en Huexotzinco, con asistencia de los Chalqueses, ó en Chalco, con la de los Huexotzingos. Estos, que habian sido siempre mas humanos que los Chalqueses, desecharon con enojo la proposicion. “¿Qué motivo hay, decian, para privar de la vida á unos hombres, cuyo delito no es otro sino ser fieles mensajeros de su señor? Y en caso de que deban morir, no consiente nuestro honor en que mueran á nuestras manos los que otros han hecho prisioneros. Andad en paz, y decid á vuestro señor, que la nobleza huexotzinga no se infama con tan alevés acciones.”

Con esta respuesta, y con los prisioneros, volvieron los Chalqueses á Toteotzin, el cual, resuelto á grangearse amigos por medio de aquellos infelices, dió parte de lo que ocurría al tirano Maxtlaton, pidiéndole que tomase una resolucion acerca de la muerte que debia dárselos; esperando, con este rasgo de lisonja, calmar el enojo que le habia causado con su perfidia y con su inconstancia, en abandonar el partido de los Toltecas por el de Nezahualcoyotl. Mientras llegaba la respuesta del tirano, los prisioneros fueron colocados en el mismo encierro, y confiados al mismo Cuateotzin. Este, con dolándose de la desgracia de un jóven tan ilustre y tan valiente, llamó en la noche an-

terior al dia en que se aguardaba la respuesta de Maxtlaton, á un criado en quien tenia gran confianza, y le mandó poner en libertad aquella misma noche á los prisioneros, diciendo de su parte á Moteuczoma, que se habia decidido á salvarle la vida, con riesgo evidente de perder la suya propia: que si venia á morir por este motivo, como era de temerse, no se olvidase de mostrar su gratitud, protegiendo á los hijos que dejaba: finalmente, que no fuese por tierra á México, porque caería otra vez en manos de las tropas que estaban en el camino; sino que se encaminase por Iztapalcoan á Chimalhuacan, y de allí se embarcase para su ciudad.

Observó el criado el órden, y Moteuczoma el consejo de Cuateotzin. Salieron aquella noche los presos de su encierro, y se encaminaron cautamente á Chimalhuacan, donde estuvieron ocultos el siguiente dia; y por no tener otra cosa que comer, se sustentaron con yerbas del campo. Embarcáronse por la noche, y con suma prontitud llegaron á México, donde los creían muertos, y donde fueron recibidos con estraordinarias demostraciones de júbilo.

Cuando el bárbaro Teotzin tuvo noticia de la fuga de los prisioneros, enojóse sobre manera; y no dudando que Cuateotzin les hubiese dado libertad, mandó al punto quitarle la vida, y descuartizarlo, juntamente con su muger y sus hijos, de los cuales se salvaron un hijo y una hija. Esta se refugió en México, donde fué muy honrada, por respeto á la memoria de su padre, que habia sacrificado la vida, por hacer tan importante servicio á la nacion Mexicana.

Despues de esta pesadumbre, tuvo Toteotzin otra no ménos amarga al recibir la respuesta del tirano Maxtlaton. Irritado este contra los Chalqueses, por el socorro que habian prestado á Nezahualcoyotl, y por los estragos que habian hecho en Coatlichan, envió á Toteotzin una severísima reprobacion, llamándolo hombre doble y traidor, y mandándole poner inmediatamente los prisioneros en libertad. ¡Premio digno de un pérfido adúlador! No tomó esta resolucion

Maxtlaton para favorecer á los Mexicanos, á quienes odiaba mortalmente; sino para manifestar el desprecio que hacia del obsequio de Toteotzin, y para oponerse á su voluntad. Tan léjos estaba de favorecer á la nacion Mexicana, que nunca se habia mostrado tan empeñado como entónces en destruirla, y ya habia alistado tropas para dar un golpe decisivo contra México, y pasar desde allí á reconquistar todo lo que le habia quitado Nezahualcoyotl. Este príncipe, noticioso de los designios de Maxtlaton, pasó á México á tratar con su prudente monarca del plan que debian adoptar en aquella guerra, y de las medidas mas oportunas para desconcertar los designios del enemigo; y quedaron de acuerdo en unir las tropas Tezcocanas con las de México, para la defensa de esta ciudad, de cuya suerte parecia depender el éxito de la campaña.

Con el rumor de las próximas hostilidades se consternó de tal modo la plebe mexicana, por creerse incapaz de resistir á los Tepanecas, á quienes hasta aquel tiempo habian reconocido como superiores, que acudió en tropel á palacio, rogando con lágrimas y clamores al rey, que no emprendiese una lucha tan peligrosa, cuyo resultado seria la ruina de la ciudad, y el esterminio de la nacion. “¿Qué quereis que haga, respondió el monarca, para libertaros de tanta calamidad?” “Que pidamos la paz al rey de Azcapozalco, clamó el pueblo, y le ofrezcamos nuestros servicios; y para moverlo á compasion, que se lleve á su presencia nuestro dios en hombros de los sacerdotes.” Fueron tales los gritos y las amenazas de los Mexicanos, que el prudente rey, temiendo una sedicion popular, mas perniciosa que la guerra de los enemigos, se vió obligado á ceder á los deseos de sus súbditos. Hallábase presente á esta escena Moteuczoma; y no pudiendo sufrir que una nacion tan celosa de su honor, abrazase tan ignominioso partido, habló en estos términos á la muchedumbre: “¿Qué haceis Mexicanos? habéis perdido el juicio? ¿Cómo se ha introducido tamaña bajeza en vuestros corazones? ¿Olvidais

que sois Mexicanos, descendientes de aquellos héroes que fundaron nuestra ciudad, de aquellos hombres animosos que la han conservado á despecho de los esfuerzos de nuestros enemigos? O mudad de resolucion, ó renunciad á la gloria que habeis heredado de vuestros abuelos;” Y volviéndose al rey, “¿cómo permitís, le dijo, esta ignominia de vuestro pueblo? Habladle otra vez, y decidle que nos deje tomar otro partido, ántes de ponernos tan necia y tan infamemente en manos de nuestros verdugos.”

El rey, que nada deseaba tanto como poner en ejecucion aquellas ideas, habló otra vez al pueblo, recomendando el consejo de Moteuczoma, que al fin fué bien acogido y adoptado. Despues, dirigiéndose á la nobleza, “¿quien de vosotros, la dijo, que sois la flor de la nacion, tendrá valor para llevar una embajada al señor de los Tepanecas?” Empezaron los nobles á mirarse confusos unos á otros, sin que ninguno se decidiese á arrostrar tan gran peligro, hasta que Moteuczoma se presentó con gran intrepidez, y dijo: “Yo iré; porque si debo morir, poco importa que sea hoy ó mañana, y no puede ofrecerse una ocasion mas gloriosa de perder la vida, puesto que será sacrificarla en honor de mi nacion. Vedme aquí, señor, pronto á obedecer vuestro mandato: mandad lo que gustéis.” El rey, lleno de gozo al ver aquel rasgo de intrepidez, le ordenó que fuese á proponer la paz al tirano; pero sin admitir condiciones ignominiosas. Salió inmediatamente el animoso jóven, y encontrando á las guardias tepanecas, obtuvo de ellas que lo dejasen pasar, manifestándoles que llevaba á su gefe una embajada importante. Presentado al tirano, le pidió la paz en nombre de su rey y de su nacion, con cláusulas decorosas. El tirano respondió que necesitaba deliberar con sus consejeros, y que al dia siguiente daría una respuesta decisiva; y habiéndole Moteuczoma pedido un salvo conducto, no le dió otro que el que podría él mismo proporcionarse con su maña y diligencia: con lo que se restituyó á México, prometiendo volver al siguiente

dia. La poca confianza y seguridad que tenia en aquel pueblo, y la brevedad del viaje, que no era mas que de cuatro millas, serian sin duda las razones que lo indujeron á no aguardar allí la decision del tirano. Volvió pues á Azcapozalco al dia siguiente, como habia prometido, y habiendo recibido de boca del tirano la resolucion de la guerra, hizo con él las ceremonias acostumbradas entre los caudillos que se desafiaban. Le presentó ciertas armas defensivas, le untó la cabeza, y le puso en ella unas plumas, como se hacia con los muertos; protestándole ademas que, por no querer aceptar la paz que se le ofrecia, iba sin duda á ser esterminado él mismo, y toda la nacion de los Tepanecas. El tirano, sin manifestar enojo por aquellas ceremonias y amenazas, le dió tambien armas para que las presentase de su parte al rey de México, y aconsejó á Moteuczoma, que para seguridad de su persona, saliese disfrazado por una puerta falsa de palacio. No habria el tirano observado en aquella ocasion el derecho de gentes con tanta escrupulosidad, si hubiese previsto que aquel embajador, de cuya vida cuidaba, debia ser el principal instrumento de su ruina. Moteuczoma aprovechó el aviso; pero cuando se vió fuera de peligro, se puso á insultar á las guardias, echándoles en cara su descuido, y amenazándolas con su pronta perdicion. Los soldados lo acometieron; mas él se defendió con tanto valor, que mató uno ó dos hombres; y como acudiesen otros, se retiró precipitadamente á México, llevando la noticia de que estaba declarada la guerra, y desafiados los gefes de las dos naciones.

GUERRA CONTRA EL TIRANO.

Con esta noticia volvió á revolverse el pueblo, y acudió al rey para pedirle licencia de abandonar la ciudad, porque creia inevitable su ruina. El rey procuró animarlo con la esperanza de la victoria. “Pero ¿qué haremos, decía la muchedumbre, si somos vencidos?” “Si eso sucede, respondió el rey, desde ahora me obligo á ponerme en vues-

tras manos, para que me sacrifiqueis, si así lo juzgais oportuno.” “Así lo haremos, replicó el pueblo; pero si salís victorioso, desde ahora tambien nos obligamos por nosotros y por nuestros descendientes, á ser vuestros tributarios, á labrar vuestras tierras y las de los nobles, á fabricar vuestras casas, y á llevaros, siempre que salgais á campaña, vuestras armas y equipaje.” Hecho este convenio entre los nobles y los plebeyos, y conferido el mando de las tropas al valiente Moteuczoma, dió el rey pronto aviso al príncipe Nezahualcoyotl, á fin de que viniese con su ejército á México, como en efecto lo hizo un dia ántes de la batalla.

No puede dudarse que en la época de que vamos hablando, los Mexicanos habian ya construido calzadas sobre el lago, para mayor comodidad en sus comunicaciones con el continente; pues de otro modo no pueden entenderse los movimientos y escaramuzas de ambos ejércitos. Sabemos por la historia que las calzadas estaban cortadas por medio de fosos, sobre los cuales tenian puentes levadizos; pero ningun historiador indica el tiempo de su construccion (1). Lo admirable es, que en medio de una vida tan llena de calamidades tuviesen ánimo aquellas gentes de emprender obras tan grandes y difíciles.

El dia siguiente al de la llegada del príncipe Nezahualcoyotl, se dejó ver en el campo el ejército de los Tepanecas, numeroso y brillante, no ménos por las placas de oro, con que las tropas se habian adornado, que por los hermosos penachos que llevaban en la cabeza, quizás con el designio de parecer de mas alta estatura. Acompañaban su marcha los gritos y aclamaciones, anuncio prematuro de la victoria. Mandaba aquellas tropas un famoso general llamado *Mazatl*. El tirano Maxtlaton, aunque aceptó el reto de su contrario, no quiso moverse de

(1) Yo oreo que en la época de que vamos hablando, estaban construidas las calzadas de Tacubaya y de Tepeyacac; mas no la de Itztapallapan, que es la mayor, y en el sitio en que es mas profundo el lago.

su palacio, ó porque creia degradarse, mirando sus armas con las del rey de México, ó, lo que es mas verosímil, porque temia las vicisitudes de la guerra. Cuando los Mexicanos tuvieron noticia de los movimientos de los Tepanecas, salieron bien ordenados á su encuentro; y dada por el rey Itzcoatl la señal del ataque, con un tamborcillo que llevaba al hombro, se acometieron con indecible furia las dos huestes contrarias, persuadidos unos y otros, que de aquella accion pendia el éxito final de la guerra. Durante la mayor parte del dia no se pudo conocer á qué parte se inclinaba la victoria; pues las ventajas que los Tepanecas ganaban, las perdian poco despues. Pero, ántes de ponerse el sol, viendo la plebe mexicana que las tropas enemigas se aumentaban con nuevos refuerzos, empezó á desanimarse, y á prorumpir en quejas contra sus caudillos. “¿Qué hacemos? decian. ¿Será preciso sacrificar nuestras vidas á la ambicion de nuestro rey y de nuestro general? ¿Cuánto mas saludable no seria rendirnos, confesando nuestra temeridad, para conseguir el perdón y la vida!”

Oyó el rey con sumo pesar estas voces; y viendo que con ellas se desalentaba mas y mas la gente, llamó á consejo al príncipe y al general, para pedirles parecer sobre lo que convendria hacer para escitar el valor de las tropas, que tan abatido parecia. “¿Qué! respondió Moteuczoma, combatir hasta la muerte. Si morimos con las armas en la mano, defendiendo nuestra libertad, haremos nuestro deber; si sobrevivimos vencidos, quedaremos cubiertos de eterna confusion. Vamos, pues: vamos á morir.” Ya empezaban á prevalecer los clamores de los casi vencidos Mexicanos, entre los cuales hubo algunos tan viles, que llamando á sus enemigos les decian: “¡O fuertes Tepanecas! dueños del continente! refrenad vuestro enojo; nosotros cedemos. Si quereis, aquí á vuestra vista daremos muerte á nuestros gefes, para merecer de vosotros el perdón de la temeridad á la que nos ha inducido su ambicion” Fué tanta la ira que produjeron

estos gritos en el rey, el príncipe, el general y los nobles, que en aquel momento hubieran castigado con la muerte la infamia de aquellos cobardes, á no haberlos detenido el temor de facilitar la victoria á sus enemigos; pero disimulando su disgusto, gritaron todos ellos de consuno: *Vamos á morir con gloria*; y al mismo tiempo arremetieron con tal ímpetu á sus enemigos, que los rechazaron de un foso que ocupaban, y los hicieron volver atras. En el ardor del conflicto se encontró Moteuczoma con el general tepaneca, que estaba envanecido con el terror que sus tropas habian inspirado á los contrarios, y le dió tan fiero golpe en la cabeza, que lo dejó á sus piés exánime. Esparcióse de súbito por el campo el rumor de la victoria, y con esto cobraron vigor los Mexicanos: los Tepanecas se consternaron de tal modo con la pérdida de su bravo general Mazatl, que muy en breve empezaron á desordenarse. La noche impidió á los Mexicanos continuar sus progresos, y unos y otros se retiraron á sus ciudades respectivas: los Mexicanos llenos de orgullo, é impacientes porque la oscuridad les estorbaba consumar la victoria; los Tepanecas, desconsolados y tristes, aunque no enteramente destituidos de la esperanza de vengarse al dia siguiente.

Maxtlaton, harto afligido por la muerte de su general, y por la derrota de sus huestes, pasó aquella noche (la última de su vida) animando á sus capitanes, y representándoles, por una parte la gloria del triunfo, y por otra los males á que quedarian sujetos, si fuesen vencidos; pues los Mexicanos, que hasta entónces habian sido tributarios de los Tepanecas, obligarian á estos á pagarles tributo, si quedaban victoriosos (1).

CONQUISTA DE AZCAPOZALCO, Y MUERTE DEL TIRANO MAXTLATON.

Vino finalmente el dia que debia decidir la suerte de los tres monarcas. Salieron am-

(1) De estas espresiones se infiere, que cuando el tirano se apoderó de la corona de Azcapozalco, por muerte de su hermano Tayatzin, volvió á imponer á los Mexicanos el tributo que les habia exigido su padre Tezozomoc.

bose ejércitos al campo, y empezaron con extraordinario furor la batalla, que se mantuvo con mucho vigor hasta medio día. Los Mexicanos, apimados por las ventajas del día precedente, y por la firme esperanza que tenían de lograr una victoria decisiva, hicieron tan gran estrago en sus enemigos, que cubrieron el campo de cadáveres: los derrotaron, los obligaron á huir, y los siguieron hasta dentro de los muros de Azcapozalco, esparciendo por todas partes el terror y la muerte. Viendo los Tepanecas que ni aun en sus casas podían sustraerse al furor de los vencedores, huyeron á los montes, distantes diez ó doce millas de su ciudad. El orgulloso Maxtlaton, que hasta entonces había despreciado á sus enemigos, y se creía superior á todos los golpes de la fortuna, viendo ya en su capital á los Mexicanos, oyendo los sollozos de los vencidos, careciendo de fuerzas para resistir, y temiendo que lo alcanzasen en su fuga, si la emprendía, tomó el partido de esconderse en un *temazcalli*, ó hipocausto, de que hablaré después; pero no tardaron en hallarlo los vencedores, que con grandiligencia lo buscaban, y no bastando á compadecerlos sus ruegos ni sus lágrimas, fué muerto á palos y pedradas, y su cadáver arrojado al campo, para que sirviese de pasto á las aves de rapiña. Tal fué el trágico fin de Maxtlaton, ántes de cumplir los tres años de su tiránico dominio. Así terminaron la injusticia, la crueldad, la ambición y la perfidia de aquel malvado, y los gravísimos daños hechos por él al legítimo heredero del reino de Acolhuacan, á su hermano Tayatzin y al rey de México. Su memoria es odiosa y execrable en los anales de aquellas naciones.

Este memorable suceso, que cambió enteramente el sistema de aquellos países, señaló el año de 1425 de la era vulgar, un siglo después de la fundación de México.

La noche siguiente se emplearon los vencedores en saquear la ciudad, en arruinar las casas y en quemar los templos, dejando en tal estado aquella célebre capital, que en muchos años no pudiese reparar sus desas-

tres. Mientras los Mexicanos y los Acolhuas recogían los frutos de su victoria, los Tlaxcaltecas y Huexotzingos destacados del ejército, tomaron por asalto la antigua corte de Tenayuca, y el día siguiente vinieron á unirse con ellos, para apoderarse de la ciudad de Cuetlachtepec.

Los fugitivos Tepanecas, hallándose en los montes reducidos á la mayor miseria, y temiendo que los alcanzasen allí los vencedores, pensaron en rendirse, y en implorar su clemencia; y para obtenerla, mandaron al rey de México un ilustre personaje, acompañado de otros nobles de diferentes pueblos de su nación. Este embajador pidió humildemente perdón al rey en nombre de sus compatriotas, le prestó obediencia, y le prometió que la nación entera de los Tepanecas lo reconocería por su legítimo señor, y que todos sus individuos lo servirían como vasallos. Felicitóse al mismo tiempo de la fortuna de los Tepanecas, en medio de tan gran desastre, por tener que someterse á un rey tan digno, y dotado de tan excelentes prendas; y finalmente, terminó su arenga rogándole encarecidamente que les concediese la vida, y la libertad de volver á sus casas. Itxcoatl acogió al embajador con gran benignidad, concedió cuanto le pedía, y prometió recibirlos, no ya como súbditos, sino como hijos, ofreciéndose á servirles de padre; pero también los amenazó con el último estermínio en caso que osasen infringir la fidelidad que le juraban. Volvieron en efecto los fugitivos para reedificar sus moradas, para cuidar de sus intereses y familias, y desde entonces quedaron siempre sujetos al rey de México, aumentando con su desgracia el catálogo de las vicisitudes que se observan cada día en la felicidad humana. Pero no todos los Tepanecas se redujeron á la obediencia del conquistador; pues que los de Coyohuacan, ciudad y estado considerables de la misma nación, se mantuvieron largo tiempo obstinados, como después veremos, en su primer partido.

El rey Itzcoatl, después de esta famosa conquista, hizo que el pueblo ratificase el

convenio propuesto con la nobleza, obligándose á servirla, como siempre lo hizo desde entonces en adelante; pero los que con sus lamentos y lágrimas habían desalentado á los otros en la pelea, fueron separados del cuerpo de la nación y del estado, y desterrados para siempre como infames y cobardes. A Moteuczoma, y á los otros que se habían señalado en la guerra, dió el rey la

propiedad de una parte de las tierras conquistadas, y otras á los sacerdotes para su subsistencia; y después de haber tomado las disposiciones necesarias para consolidar su dominio, volvió con su ejército á México, á fin de celebrar con públicos regocijos los triunfos de sus ejércitos, y dar gracias á los dioses por la protección con que se imaginaba que estos lo habían favorecido.

